

grafía, literatura caballeresca y sentimental, castigos y sentencias, tradiciones orales y materiales legendarios, relatos hagiográficos y estampas cortesanas— y, sobre todo, ayudados por las múltiples vías de interpretación y de análisis que Rafael Beltrán ofrece. Con razón se quejaban los humanistas castellanos del olvido de las hazañas de los antiguos por falta de escritores que fueran capaces de registrarlas; en este caso, Pero Niño no sólo tuvo la fortuna de contar con un escribano de cámara, experto en lides y ducho en lecturas de toda suerte, para encargarle la construcción del «libro» en el que habría de reflejarse la historia de su linaje, sino que, pasados los siglos, ha tenido la inmensa suerte de que Rafael Beltrán aplicara, en su totalidad, las diferentes herramientas de la filología para fijar un texto crítico, definitivo, que permitiera perpetuar esa memoria de hechos y apreciar la singularidad de los diferentes niveles textuales articulados por su autor. Suma de distintas voluntades, *El Victorial* preserva, así, la memoria viva de quienes ya en el siglo xv, ya en este cambio de siglos del xx al xxi, se han preocupado por componerlo y por editarlo.

FERNANDO GÓMEZ REDONDO
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Alonso Fernández de Avellaneda. *Segundo tomo de el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez. Ciudad Real, Diputación Provincial de Ciudad Real, 2014. XLVIII+420 pp.

Cuando se conmemoran los 400 años de la aparición del *Segundo tomo de el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, puesto en circulación por un tal Alonso Fernández de Avellaneda, no son muchos los trabajos que hasta la fecha pueden citarse a modo de logros de la efeméride. De hecho, la edición que ahora comento, de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez, junto con la nueva edición digital de Enrique Suárez Figaredo (*Lemir*, 18, 2014), suponen hasta la fecha la más relevante aportación pública a la celebración del centenario. De la segunda (con una introducción muy acertada, breve cuanto precisa, y con una anotación encomiable) me ocuparé en otro momento, para centrarme ahora en la primera.

Uno podría pensar que todos los ingenios de la filología hispánicas agotaron la sal de su magín en la indagación casi detectivesca que se desató a la sombra del cuarto centenario cervantino, y que, en definitiva, desembocó en un diálogo de sordos entre investigadores, empeñado cada cual en defender su tesis, como si en ello se hubiese apostado honor y fortuna; una indagación más obsesionada por desenmascarar a la persona, que se escondía bajo el supuesto seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, que por profundizar en la lectura de un texto ciertamente interesante, además de enigmático por muchas razones que, desde luego, no se reducen a la de la autoría.

El origen de aquellas pendenencias, que alcanzaron su punto álgido en torno al 2005, procede (y ahora hablo como implicado en las mismas) de la excelente edición—tanto por el texto que ofrece como por el estudio que lo acompaña— de Luis Gómez Canseco (Madrid, Biblioteca Nueva, 2000). El autor de aquel trabajo, lejos de reducir su interés a la cuestión pronto palpitante de la autoría, con el rigor y estilo que caracterizan todos sus trabajos enfocaba el análisis global de la textualidad y de la ideología de aquella obra que se atrevía a continuar el *Quijote* cervantino. Con buen criterio de no agotar toda la envidia de su trabajo en el desvelamiento de la autoría, Luis Gómez

Canseco, en aquella edición y en algunos trabajos posteriores, denunciaba (siempre con exquisito tacto) la pizca de frivolidad y de vanidad absurdas que venían siendo una constante en todos aquellos estudios obsesionados (el lector donde escribo estudios puede leer estudiosos) por el “misterio” del autor. Fruto de su análisis del relato de Avellaneda, a partir de los datos que el texto ofrece sí que se atreve a avanzar un retrato robot del personaje que necesariamente ha de estar detrás de las lecturas (variadísimas y actualísimas), de las preocupaciones intelectuales e incluso teológicas que demuestra tener, y, en fin, del conocimiento en primera persona que quien inventa el personaje de Alisolán, para dar continuación a las hazañas de don Quijote, demuestra tener del mundo de la corte y de las celebraciones estudiantiles vinculadas a las Universidades.

Creo que la edición de Luis Gómez Canseco, sin ser esa su principal preocupación, fue la que nos puso a muchos en el disparadero (al menos eso ocurrió conmigo) del misterio de Avellaneda, dando lugar a una literatura tan ahíta de vanidades cuanto ayuna de sentido común; una literatura en la que, al lado de trabajos notables, no escasean otros en los que la conjetura suplanta al dato, condiciona el análisis y el juicio, y da lugar así a un discurso en el que historia y ficción se mezclan y confunden más de lo que sería recomendable. Con los oportunos distingos (que le ahorro al lector) incluyo en esta literatura, junto a varios trabajos míos (entre ellos la edición del *Quijote* de Avellaneda, Madrid, Fundación José A. Castro, 2007, dependiente de la de Gómez Canseco), otros de Santiago López Navia, Antonio García Velasco, Jesús G. Maestro, Alfonso Martín Jiménez, Rosa Navarro, Alfredo Rodríguez López Vázquez y Enrique Suárez Figaredo.

Otra nota distingue a los trabajos sobre Avellaneda que proliferaron a la sombra del centenario cervantino: un cierto autismo. El lector que tenga el capricho de seguir la secuencia que los mismos trazan comprobará cómo cada investigador sigue encastillado en sus posiciones, con tesis escritas de espaldas a las de los demás, sin que se produzca un auténtico diálogo entre todos ellos. Posiblemente por ello, el interés por Avellaneda comienza a dar signos de fatiga en torno a 2010, sin avance significativos en la investigación.

En este contexto ve la luz la edición de Milagros Rodríguez Cáceres y Felipe B. Pedraza Jiménez, y lo hace con el sentido común como enseña y con las armas, bien templadas por la experiencia y mejor probadas por el uso, de una notable claridad expositiva y divulgativa.

Fruto de tales pertrechos, la introducción sitúa la aparición del libro de Avellaneda en el marco de la moda literaria quijotesca que se documenta (con ejemplos notables en varios géneros de obras) a partir de la aparición de la genial obra de Cervantes: Francisco de Ávila, Guillén de Castro, Quevedo, Calderón, etc.; caracteriza acertadamente la apuesta de Avellaneda por una literatura de entretenimiento que, desde un detallismo ¿inusual? y caracterizador, con una voluntad de verosimilitud extremada, indaga las manifestaciones más degradadas y feas de la realidad (por ejemplo es notable el gusto por el chiste escatológico) con el único objetivo de provocar la risa a partir de un sentido del humor infinitamente más elemental y menos matizado que el cervantino. Todo ello se traduce en una visión de la realidad sin profundidad, más elemental y esquemática que la cervantina, protagonizada, en Avellaneda, por unos tipos que responden a distintos roles de la comedia de la época (no en vano el firmante del prólogo del *Quijote* de Avellaneda entiende que su discurso, continuación de Cervantes, se inscribe en los límites de la comedia), sin auténtica dimensión humana.

Siendo todo ello así, disiento de los editores en la referencia de la visión del mundo que emana del *Quijote* de 1614 a la que resulta de “los tonos agrios y encanallados

de la picaresca”; y especialmente disiento de la referencia al *El buscón* como modelo de Avellaneda. El mundo del *Quijote* de Avellaneda contrapesa dos modos de deformar lo real: la caricatura expresionista (muchas veces copiada directamente de una tradición que hunde sus raíces en el folklore) cuando pone su foco en los escalones más bajos de la sociedad, con la adulación satisfecha y complaciente, cuando mira hacia la parte alta de lo social. Si hubiera de buscarse un contexto en el que situar el humor de Avellaneda, yo acudiría antes a las fiestas y mascaradas que se celebran en los ambientes cortesanos, del tipo de la celebrada el 21 de junio de 1605 en la finca del de Lerma, bajo una enramada, en la Ventosilla. En ella, (según Luis Cabrera de Córdoba, página 253) se organiza una “fiesta de máscara y sarao”, en la que los caballeros se disfrazan de pícaras (sin duda por la influencia de *La pícaro Justina*, de reciente aparición) y desde luego no se excluye la sal gruesa del chiste. En lo que sí que estoy totalmente de acuerdo con los editores es en el hecho de que la “perspectiva aristocrática” que rige ambos modos condiciona ideológicamente el relato.

Ninguna de las cuestiones que la crítica reciente ha puesto sobre el tapete deja de tener espacio en esta introducción: el itinerario seguido por los protagonistas (que algunos han considerado fundamental a la hora de determinar la autoría, sin percibir que entonces, como ahora, el autor tiene a su disposición además de la experiencia fuentes librescas en las que beber); la problemática de las dos novelistas intercaladas (reproduciendo una moda de época) y de las dudas acerca de si proceden (o no) de la misma mano que el resto del discurso.

Sin hacer de ello el núcleo de su introducción, los editores no evitan el problema de la autoría, pero –con la prudencia dominante en todo su trabajo– en vez de sumarse al juego de las conjeturas, ponen su foco en la “caracterización intelectual” de la persona y en la descripción de conocimientos que dicha persona necesariamente hubo de tener para poder dar fin a un discurso como el del *Quijote* de 1614. Por esta vía, partiendo de la información que se maneja para construir la historia, llegan a la conclusión (que comparto plenamente) de que, sea cual sea el nombre real de Avellaneda, se encuentre o no en la enumeración de nombre sugeridos por la crítica (págs. XXX-XXXII), ha de tratarse de “una persona culta y familiarizada con el latín académico y eclesiástico; [...] aficionado a la literatura y buen conocedor de las tendencias que se estaban abriendo paso en el momento de redactar la obra; [...] muy interesado en alguno de los aspectos relevantes de la religiosidad de su época: devoto del rosario y muy inclinado a los dominicos y sus doctrinas teológicas, etc.” (Pág. XXV). Todos estos rasgos distan mucho de pertenecer al tipo de conjeturas que he criticado más arriba: un análisis del texto de Avellaneda muestra que este libro no podía haberlo escrito alguien sin una formación universitaria, con un buen conocimiento de la vida universitaria, frecuentador del tipo de fiestas que se producen en los salones nobiliarios.

A partir también de lo que se encuentra en el texto, Rodríguez-Pedraza subrayan dos datos que puse de relieve hace ya unos años (*Segundo tomo de el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Biblioteca Castro, 2007) y que me siguen pareciendo incuestionables: el conocimiento y apoyo por parte del autor del *Quijote* de Avellaneda de la tesis que la orden de Predicadores mantuvo en la controversia *de auxiliis*; y la apuesta ideológico-política del autor (quienquiera que éste sea) por una corriente contrarreformista y “refeudalizadora”, que se produce en los primeros años del reinado de Felipe III y que tiene a Lerma y a Aliaga como referentes. En el texto del *Quijote* de Avellaneda se maneja una información sobre la controversia que

pocos contemporáneos podían conocer en detalles técnicos, al menos con la profundidad que revela el discurrir de las dos novelistas interpoladas. Así mismo, los juegos con los apellidos nobiliarios que se manejan en el texto no tendrían la lectura unívoca que tienen sin un conocimiento preciso de las fuerzas políticamente dominantes en el momento.

Interesante, en este sentido, resulta también el replanteamiento de la amistad del autor con Lope, trazando al respecto una hipótesis que, cuando menos, resulta tan verosímil como aquella otra de quienes afirmábamos la inequívoca amistad con Lope. Esta es la única concesión de los editores a la conjetura que he criticado más arriba. Es verdad que resulta difícil concluir nada al respecto y que, sin otras mejores apoyaturas documentales, conviene extremar la prudencia como hacen los editores. Y, así, su cuestionamiento, sin dogmatismo alguno, al menos tiene la virtud de abrir “otra” vía de análisis.

Sin que se me tache de exageración, puedo afirmar que, en este sentido, la edición que ahora comento viene a cerrar con el broche del sentido común una etapa en la que no siempre andan sobrados de esta virtud los trabajos publicados. Pero, más allá de lo anterior, y a la espera de que vea la luz la nueva edición que está preparando Luis Gómez Canseco, sospecho que esta de Rodríguez-Pedraza va a inaugurar una nueva etapa, en la que el interés por el texto va a sustituir a la obsesión por la autoría de la etapa anterior. Esta sospecha se fundamenta en la incorporación a la introducción de esta edición de dos aportaciones de grandísimo interés, que desde luego no se le escapan a los editores y que, en mi opinión, son las que auguran tiempos nuevos.

Desde el rigor más exigente y con la eficacia expositiva demostrada en otros muchos trabajos, apuestan los editores de este *Quijote* por una introducción en la que el orden y la claridad (a veces forzando el uso de ciertos términos, como es el caso de “tremendismo”) permiten ofrecerle a un lector plural, no especialista, un panorama bastante exacto del estado de la cuestión sobre este *Segundo tomo de el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.

Acabo de elogiar en este trabajo la claridad y el rigor. Pero no son estos los únicos valores reseñables. Preciso es también reconocer la buena información en la que siempre los mismos se asientan. Y, así, digno de aplauso es el homenaje (justísimo, necesario) que los editores tributan al descubrimiento por parte de Enrique Suárez Figaredo, en 2008, de un ejemplar (Cerv.Sed6-8669 de la Biblioteca Nacional de España) que, desde la portada hasta la última página del último cuadernillo, ofrece variantes significativas respecto a los ejemplares (R-32541 y Cerv-1590 BNE), que hasta ese momento se habían tomado como base para todas las ediciones modernas del libro desde 1732 (Blas Nasarre) en adelante. Frente a quienes sostiene que se trata de dos emisiones de una misma edición, los autores de la edición del IV Centenario del *Quijote* de Avellaneda aceptan (y personalmente creo que aciertan) la tesis de Suárez Figaredo (bien documentada en su trabajo “La verdadera edición príncipe del Quijote de Avellaneda”, *Lemir*, 11, 2007 y bien demostrada en su *Avellaneda* de 2008) sobre la existencia de dos ediciones diferentes. En cualquier caso, el hallazgo de Suárez Figaredo (para mí uno de los más importantes hallazgos de todos los tiempos sobre el libro cuya edición estoy reseñando) abre un nuevo espacio de investigación que, frente a la obsesión por la autoría, devuelve el protagonismo al texto, proyectando nueva luz sobre discusiones acerca de la tipografía, de la imprenta, de la forma de composición material de los ejemplares conservados. Cuestiones de bibliografía material que no son ajenas, desde luego, a otras cuestiones textuales que

resultan fundamentales para poder sustentar con garantías análisis cuantitativos como los que he propuesto en varios lugares o como los ensayados por Alfredo Rodríguez López-Vázquez (Cátedra, 2011).

Los editores no se plantean en este caso si las diferencias entre el ejemplar Cerv.Sedó-8669 y los ejemplares R-32541 y Cerv-1590 de la BNE pertenecen a dos ediciones diferentes, como sostiene (creo que con fundamento) Suárez Figaredo o dos emisiones de una misma edición. Tampoco yo me atrevo a apostar por una u otra opción, pues, si es cierto que conocemos cómo las diferencias entre dos emisiones pueden alcanzar incluso a la portada, en el caso que nos ocupa tales diferencias (muy precisamente estudiadas por Suárez Figaredo) se extienden a la totalidad de los cuadernillos, lo que también a mí me inclina a pensar que se trata de dos ediciones diferentes, hecha la segunda a toda prisa a costa de multiplicar los errores y erratas.

Con buen criterio, pues, y mientras no se cuente con nuevos datos, los editores toman como texto base el ejemplar Cerv.Sedó-8669, cotejándolo con los ejemplares de la Biblioteca Nacional y teniendo en cuenta los tres testimonios que hemos mencionado más arriba para dar forma al texto que proponen. Confirmando la voluntad divulgadora que ya he reseñado, el buen trabajo con el texto se complementa con una anotación que recoge (variantes, léxico, interpretación) lo mejor de notables precedentes (Martín de Riquer; Gómez Canseco, Suárez Figaredo), con una bibliografía correcta y suficiente (no acumulativa), y con un doble índice de voces a modo de glosario y de listado de topónimos.

Nuevo testimonio de la buena información que manejan los editores es la referencia a la Tesis doctoral (todavía no defendida en las fechas en que hubo de redactarse la introducción objeto de esta reseña) de Pilar Gutiérrez Alonso, *Trayectoria y entorno de un personaje singular en la sociedad abulense del los Siglos de Oro*. Esta tesis (que he tenido ocasión de conocer también) se nutre de documentos de archivos a partir de los cuales la autora propone (con cautela y prudencia inusuales en este tipo de estudios) la consideración un Alonso Fernández de Zapata, párroco de La Avellaneda, como autor de la apócrifa continuación del *Quijote*. Sin dejar de tener interés tal propuesta, lo más relevante del estudio de Gutiérrez Alonso reside, en mi opinión, en el retorno a los archivos y a los documentos, algo que seguro que contribuirá notablemente a evitar el precipicio de la confusión de historia y ficción, precipicio –muy cervantino por cierto–, sobre el han venido moviéndose varios de los más recientes estudios que han tomado el *Quijote* de Avellaneda como pretexto para la fábula. Desde luego, nadie, a partir de este momento, podrá ignorar la fidelidad con la que el autor del *Quijote* de 1614 toma de la realidad personajes y sucesos como los que dan vida al argumento de las dos novelitas interpoladas. Y en esta dirección, en la asunción de que la realidad histórica juega un papel importantísimo en la ficción de Avellaneda, sospecho que se abre un camino muy interesante y nuevo.

Esta tesis y el descubrimiento de Suárez Figaredo, al poner el foco en el documento, la una, y en el texto, el otro, señalan un tiempo nuevo en los estudios del *Quijote* de Avellaneda; tiempo nuevo, que sin duda habrá de inclinar la balanza del lado de historia y de la filología, dejando la ficción para la ficción a pecho descubierto de, por ejemplo, la muy recomendable *Ladrones de tinta*, de Alfonso Mateo-Sagasta. Estoy de acuerdo (especialmente en las condicionales) con Suárez Figaredo cuando, en su edición de 2014 (“El *Quijote* apócrifo”, *Lemir*, 18, 2014, pág. 5), afirma: “Si Avellaneda fue —como parece— un autor profesional, si escribió algo más en prosa, si no practicó el maquillaje textual en su *Quijote*, sus años —no diré sus días— están contados. Y no nos duelan prendas: desenmascarar a Avellaneda nos ayudará a conocer mejor a Cervantes, que quizá no fue tan angelical como se le supone”.

El buen sentido, el medido criterio textual, el rigor y la información de la edición aquí reseñada señalan el camino y el sentido de la marcha. Al viaje, con los tres Quijote en la mochila, le restan apasionantes etapas.

JAVIER BLASCO PASCUAL
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Mónica Fuertes Arboix. *La sátira política en la primera mitad del siglo XIX*. Alicante. Publicaciones de la Universidad de Alicante. 2014.

El objetivo principal y propósito de esta monografía es, tal como se indica en las páginas iniciales de la misma, incorporar la obra de Modesto Lafuente (1806-1866) al canon de la prensa satírica y del costumbrismo decimonónico.

Sin duda merecía ser rescatado del olvido este escritor, periodista e historiador leonés, al que se conoce sobre todo por su obra *Historia General de España*, considerada la obra cumbre de la historiografía liberal, que consta de 29 volúmenes y que fue continuada por Juan Valera. Lafuente escribió además otra serie de obras entre las que destacan libros de viaje como el *Viaje de Fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rin* (1842), o *El Viaje aerostático* (1847), algunas de las cuales han sido estudiadas en trabajos anteriores por la autora de este libro, la profesora Mónica Fuertes. Quizá la importancia que adquirió Lafuente como historiador veló un tanto el resto de su producción, en la que las tareas literarias tuvieron un gran peso, pues Modesto Lafuente gozó de fortuna y fama en su época como literato y periodista y pudo vivir del ejercicio de las letras, pese al olvido en el que cayó su producción con posterioridad.

Por eso, es interesante el objeto de estudio de esta monografía, el semanario *Fray Gerundio*, que a partir de 1837 tuvo un gran éxito en la España de su época. Al análisis de su contenido, estructura y caracteres literarios, en relación con el momento histórico en el que se desarrolló dedica la profesora Fuertes Arboix este libro, que contiene seis capítulos.

En el primero de ellos se revisa la trayectoria intelectual y política de Modesto Lafuente, relacionando la biografía de este autor con los acontecimientos históricos que la marcaron y haciendo especial hincapié en su actividad política y periodística. La autora del trabajo destaca las ideas liberales de Lafuente y su vinculación a la Unión Liberal de O'Donnell.

En el segundo capítulo se pasa revista a la prensa periódica en cuyo contexto surge el periódico *Fray Gerundio* y se incide en los dos tipos de publicaciones periódicas que salieron a la luz en los años de inestabilidad política en los que surgió esta publicación. Por un lado, la prensa con ilustraciones representada por Mesonero Romanos y el *Semanario Pintoresco Español* y por otro lado, la prensa satírica, que a través de la caricatura pretendía hacer una crítica de la situación política española. A este último grupo pertenece *Fray Gerundio*, por lo que las explicaciones de los avatares políticos del momento en el que surge y de las publicaciones periódicas que de ellos dan cuenta, eje de este capítulo de la monografía, resultan muy pertinentes para profundizar en el contenido del semanario.

El capítulo tercero, la parte más importante de esta monografía, presenta un completo estudio de todos los números de *Fray Gerundio*, un periódico que se publicó desde el 1 de abril de 1837 hasta el 26 de junio de 1842 y en el que los artículos de Lafuente aparecen bajo el término "capillada". Los personajes que protagonizan las capilladas son Fray Gerundio, un fraile que tuvo que exclaustarse tras la Desamortización de Mendi-